

Osmar Gonzales

## José Vasconcelos y los intelectuales peruanos. Cartas con José de la Riva Agüero

*Para un ángel en la tierra, Anabel*

En el mes de septiembre de 1916, José Vasconcelos (1882-1959) llegó a Lima,<sup>1</sup> estación inevitable en su peregrinaje americano. Llevaba en sus alforjas una carta del intelectual dominicano Pedro Henríquez Ureña dirigida al limeñísimo José de la Riva Agüero (1885-1944), famoso por dos grandes libros: *Carácter de la literatura del Perú independiente* (1905) y *La historia en el Perú* (1910); y por ser el máximo dirigente del Partido Nacional Democrático (PND), que él fundó en 1915.

A Vasconcelos<sup>2</sup> le llamó la atención que un personaje tan encopetado como Riva Agüero, descendiente de una rancia familia colonial, estableciera con él una “extraña y satisfactoria amistad”. La impresión no era para nada descabellada ni exclusiva de Vasconcelos. Riva Agüero tenía fama de soberbio y distante, con engreimientos de niño genio. Sin embargo, la imagen pública del marqués de Montealegre y Aulestia poco correspondía con su personalidad privada. Así lo demuestran su correspondencia y trato personal con quienes serían destacados personajes de la vida intelectual y política peruana, como el cuentista Abraham Valdelomar, el

indigenista Luis E. Valcárcel y el polifacético Luis Alberto Sánchez, entre los más importantes.

El trato afable con el noble limeño hizo enterrar rápidamente sus prejuicios al visitante mexicano. En sus memorias se leen confesiones como la siguiente: “pocas veces he tenido un amigo más sencillo, más empeñado en hacerme llevadera la estancia en tierra desconocida, a tantas leguas de la patria y del éxito”. Vasconcelos es certero cuando retrata a Riva Agüero como un intelectual por sobre todas las cosas, como historiador y académico irrenunciable a quien caracteriza su profundo amor por la Colonia, cosa ajena al “alma bastardeada” del mexicano por la infiltración en las escuelas y en la prensa del “criterio imperialista protestante”.

En ese mismo año, 1916, Riva Agüero ofrece su discurso “Elogio del inca Garcilaso”, obra que Vasconcelos califica como de los más iluminadores de su patriotismo continental. El entusiasmo se explica por el común entendimiento de que el mestizo constituía la base de la nacionalidad, a pesar de algunos matices. Mientras Vasconcelos apostaba por un mestizaje mesocrático, Riva Agüero lo hacía por uno que prolongara el prestigio de las familias aristocráticas.<sup>3</sup> Es-

<sup>1</sup> Las breves notas de este apartado se basan en las memorias de José Vasconcelos, especialmente en “Mi amigo el marqués”, “Una lección de arqueología” y “Arrecia el nublado”, en *Memorias I. Ulises criollo. La Tormenta*, México, FCE, 1983, pp. 771-792.

<sup>2</sup> Vasconcelos llegaba a Lima luego de haber participado en el efímero gobierno de Eulalio Gutiérrez, y de ser obligado a salir de México después de que Venustiano Carranza tomó el poder. En Nueva York debió aceptar un puesto en International Schools, cuyas oficinas estaba encargado de abrir en la capital peruana.

<sup>3</sup> Vasconcelos abordará el tema en dos libros: *La raza cósmica*, de 1925, señala: “La tesis central del presente libro [es] que las distintas razas del mundo tienden a mezclarse cada vez más, hasta formar un nuevo tipo humano, compuesto por la selección de cada uno de los pueblos existentes”, en *Obras completas*, t. IV, México, Libreros Mexicanos Unidos (Laurel), 1958, p. 903. Y en *Indología*, de 1926, dice:

tas diferencias se explican por las procedencias de ambos intelectuales: uno, de clase media; el otro, aristócrata. Coincidían en la búsqueda del espíritu que otorgara distintividad a las tierras americanas; y en la oposición sin reservas a lo que en los inicios de siglo se llamaba el vasallaje económico, especialmente el impulsado por Estados Unidos, país que, luego de la Gran Guerra (1914-1918), empezaba a encumbrarse como potencia mundial. Además, ambos afirmaban que para desarrollarse nuestros países necesitaban de la consolidación de una burguesía nacional, asunto que en aquellos años se denominaba —algo gaseosamente— el problema de la clase media.

Vasconcelos y Riva Agüero tenían también diferencias como las que señala Alfredo Barnechea, y no sólo en el plano de las personalidades, sino también en el estilo. Vasconcelos fue un “prosista colérico”.<sup>4</sup> Por su parte, Riva Agüero se caracterizaba por poseer “un espíritu más bien recatado y amante del dato exacto”.<sup>5</sup>

El arribo de Vasconcelos a Lima coincidió con el mejor momento de la intelectualidad criolla peruana, a la que conoció cuando Riva Agüero lo invitó a cenar a su “espaciosa mansión señorial” de Chorrillos —balneario ubicado al sur de Lima—, producto reciente de la expansión modernizadora de la capital y lugar donde veraneaba la élite limeña. En aquella oportunidad (seguramente saboreando platos típicos del país andino, rematados con una taza de humeante chocolate, a la usanza colonial), el Ulises criollo pudo conocer a algunos de los intelectuales más destacados de la época, como José Gálvez, llamado el Poeta de la Juventud; Víctor Andrés Belaunde era dueño de un agudo sentido crítico, expresado soberbiamente en sus ensayos sobre la psicología de los peruanos; Luis E. Valcárcel, impulsor de una temprana reforma universitaria en el Cusco en 1909, fue un indigenista radical y quien in-

trodujo la etnología en el Perú; y Guillermo Salinas Cossío, estudió la lírica indígena como una forma de comprender el alma de sus pueblos. Faltaron a esa reunión los hermanos Francisco y Ventura García Calderón, *leaders* de su generación, pues ya vivían en París. Francisco era un destacado sociólogo y ensayista, y Ventura un exquisito cronista, autor de cuentos con motivos peruanos y agudo crítico literario. Ambos fueron propuestos para el Nóbel por la comunidad intelectual francesa de los años cuarenta.

## *Vasconcelos (y su pena de amor) en Lima*

Vasconcelos llegó a Lima cuando atravesaba un difícil momento emocional. Viajó con su amante, Adriana, estaba enamorado de ella pero tenían una relación tormentosa (otra de las tormentas del ideólogo mexicano).<sup>6</sup> Él era casado y ella vivía en Nueva York. No soportaban vivir separados, pero tampoco se toleraban cuando estaban juntos. Las riñas eran frecuentes y los celos su mejor detonante. Finalmente, ella decidió regresar a su departamento. Vasconcelos, angustiado por la pena y la soledad, le confesó a Riva Agüero sus cuitas amorosas. Para su sorpresa, el noble limeño le reaccionó con frialdad, sin entender el suplicio sentimental por el que estaba pasando. Desconcertado, Vasconcelos prefirió no hablar más del asunto.

Nadie describió mejor el proyecto de Riva Agüero que él mismo, cuando le confesó a Miguel de Unamuno que deseaba dedicarse por entero a la actividad intelectual, sin intromisiones de los sentimientos, “pero —se lamentaba— la carne es flaca”. Vasconcelos —de temperamento apasionado— difícilmente podría encontrar comprensión en un espíritu tan gélido como el de Riva Agüero. Por eso buscó otro más sensible, conecedor de las tribulaciones humanas. En esa búsqueda halló a Valdelomar.

“El destino ha querido que las razas que viven en la América Latina no se mantengan separadas, sino que junten aun sus sangres. De esta mezcla ha surgido el mestizo de indio y blanco, el mulato de negro y blanco, y estas mezclas no son más que levadura de una estirpe humana que tendrá que reemplazar a todas las razas conocidas hasta la fecha”, *op. cit.*, t. IV, p. 1297.

<sup>4</sup> Alfredo Barnechea, “Vasconcelos y Riva Agüero. Un estudio latinoamericano sobre la reacción”, en Héctor López Martínez (ed.), *Homenaje a don Aurelio Miro Quesada Sosa*, Lima, Academia Peruana de la Lengua, Academia Nacional de la Historia, Consorcio de Universidades, 1998, pp. 54-55

<sup>5</sup> A. Barnechea, “Vasconcelos y Riva...”, *op. cit.*, p. 54.

<sup>6</sup> “Adriana aparece en las últimas páginas de *Ulises criollo* y su figura apasionada cubre toda *La tormenta*. Se presentó en 1911 en el despacho de Vasconcelos, con tarjeta de Madero, pidiéndole que la defendiera ante la opinión pública de una campaña de difamación que la prensa portuana venía sosteniendo contra ella. Era una mujer guapa, de carácter aristocrático, ociosa y sentimental: a veces todo esto se juntaba y la hacía aparecer un poco loca”, José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos*, México, FCE, 1977, p. 55

Valdelomar (1888-1919) es el más grande cuentista peruano.<sup>7</sup> Nació en Ica, departamento vitivinícola ubicado al sur de Lima en donde se prepara sabroso pisco. Periodista y caricaturista también, Valdelomar fundó la revista *Colónida* (1916), constituida por un puñado de jóvenes iconoclastas que se mofaban de las acartonadas costumbres oligárquicas. En ella participó, entre otros, el por entonces joven periodista José Carlos Mariátegui. La importancia de Valdelomar fue rápidamente captada por Vasconcelos, quien lo retrataba como “un ‘as’ de su generación [...] El mejor cronista limeño”. Desde el diario *La Prensa* y el café *Palais Concert*, Valdelomar pulía con esmero una imagen personal irritante y de ególatra, que caía muy mal en la Lima de su tiempo. También Valdelomar —como Riva Agüero, de quien fuera secretario personal— mostraba una clara escisión entre su imagen pública y la privada, en contraste con su comportamiento de “niño terrible” están las cartas que le escribe a su madre, llenas de espíritu provinciano y de profundo amor filial.

Valdelomar llevó a Vasconcelos a visitar el barrio chino, en la calle Capón, lugar frecuentado por numerosos personajes de la época: Mariátegui, Vallejo, Haya, entre otros. Ahí, Vasconcelos fumó opio, costumbre que Valdelomar conocía perfectamente y que en cierta editorial de *Colónida* Federico More había enaltecido, irritando a los espíritus pacatos de la época. Era parte de la subversión generacional que encabezaba el escritor iqueño. Pero sobre todas las cosas, Valdelomar era un orfebre de la prosa, empedernido amante del estilo. Por eso le confiesa al visitante, luego de halagar su *Pitágoras* (que fue editado en el mismo 1916 en La Habana): “¿Conoce usted la prueba a que yo someto un estilo? Me pongo a ensayar un cambio de las palabras que ha usado el autor; si lo que yo sustituyo resulta mejor, el estilo es malo; si no puedo hallar un léxico más preciso, el estilo es bueno [...] Su estilo es claro, es bueno”. Concluida la sesión de opio, Valdelomar se retiró; Vasconcelos, empero, no pudo olvidar su pena de amor.

El ideólogo mexicano, gracias a una conferencia que ofreció en la Universidad de San Marcos —invitado por Riva Agüero— acerca del movimiento intelectual contemporáneo en México, conoció al director de la Biblioteca Nacional, el formidable Manuel González

<sup>7</sup> Entre sus principales obras se cuentan *El caballero Carmelo* y *La ciudad de los tísicos*.

Prada (antichilenista a ultranza y el más duro crítico de la plutocracia peruana) quien lo recibió con cariño y le abrió las puertas de la biblioteca para que la consultara libremente. Esta oferta permitió a Vasconcelos sumergirse en la lectura de autores clásicos como Lope de Vega y Aristóteles, encontrando cierto alivio para sus pesares. Después, el propio Riva Agüero llevó a Vasconcelos a conocer a Ricardo Palma (el autor de *Tradiciones peruanas*), ya convertido en el gran patriarca de las letras peruanas. El tradicionista lo ilustró acerca de la historia de las relaciones entre Perú y México, las que Vasconcelos desconocía completamente: “En general, los de mi época desdeñábamos la historia patria [...] y sabíamos más de Grecia y de Tucídides que de Anáhuac y de Alamán.” Anoto que el mismo reproche se encuentra en los trabajos de los intelectuales peruanos de inicios del siglo.

Cuando faltaba poco para que Vasconcelos abandonara el Perú y continuara su vagabundeo por tierras sudamericanas, éste portaba una profunda rabia y desconsuelo. Su espíritu estaba asediado por los celos, escribía cartas injuriosas contra su amada y al mismo tiempo esperaba ansiosamente noticias suyas. Era un hombre apasionado y contradictorio, que se agitaba incesantemente por su pena amorosa; una pena que no halló el consuelo que necesitaba en los intelectuales a los cuales frecuentó en Lima y que le seguiría pesando un tiempo más. No obstante, la relación que Vasconcelos mantendría con los intelectuales peruanos sería intensa y —no podía ser de otra manera— tormentosa. Pero especialmente amigable fue su afinidad espiritual con Riva Agüero.

### *Amistad epistolar*

En el Archivo Histórico Riva Agüero (AHRA) de Lima, ubicado en la antigua casona del mencionado historiador peruano, se conservan trece cartas cruzadas entre ambos intelectuales (término que, como veremos, a ninguno agradaba). Sólo dos de ellas han sido publicadas hasta el momento, el resto permanece inédito. Gracias a la generosidad de los albaceas que celosamente cuidan la herencia del historiador peruano,<sup>8</sup> ahora pue-

<sup>8</sup> Aprovecho la oportunidad para agradecer a Carlos Gálvez, secretario del Instituto Riva Agüero, quien me proporcionó las cartas que ahora analizo. También a Guadalupe Rodríguez, por su ayuda en la transcripción de dichas cartas.

do ofrecer una propuesta de análisis del contenido de dichas cartas, con el propósito de conocer un poco más las personalidades de estos dos hombres de pensamiento, tan importantes en las culturas de sus respectivos países, como en la de América Latina.

Como se puede observar en las cartas (y se refrenda en las memorias del intelectual mexicano), la amistad surge de inmediato. No hay nada que no se pueda decir franca y directamente. Se trata de un tipo de relación que no necesita de prudencias ni de maquillajes a la hora de manifestar una opinión. Asimismo, las cartas nos permiten ver la creciente amargura que invade a ambos pensadores, luego de que sus ideales de juventud no se vieran concretados debido a la forma de ejercer la política a la que estaban acostumbrados los caudillos de turno.

La primera carta corresponde a Vasconcelos, y está fechada el 28 de diciembre de 1916. Ya se encuentra en Lima y la envía a Chosica —una pequeña ciudad que se ubica en la sierra de Lima y de agradable clima seco, ideal para pasar días de campo—, donde el noble limeño tenía su casa de descanso.

En dicha carta, Vasconcelos le agradecía a su anfitrión por su invitación a visitar dicha localidad. Lo único que le preocupaba era el temor al zoroche (mal de altura); no obstante, acepta la invitación. Pero la carta contiene cosas mucho más importantes. Vasconcelos subraya que le han causado *alegría* los sucesos políticos últimos (se refiere al bloqueamiento de una candidatura al parlamento de Riva Agüero), y se lo dice directamente, “aun con temor de desagradarlo”. A continuación explica el porqué de su alegría, expresando de paso el pobre concepto que tenía de los caudillos latinoamericanos:

Generalmente el político gasta en la lucha todo el poder de su carácter y cuando llega al triunfo ya no puede hacer más que seguir la rutina; de todas maneras hay muchos hombres bastante mediocres que pueden desempeñar esas funciones útiles al pueblo; pero los pocos escogidos que a la vez que talento poseen sentido humano hondo de honradez y de amor, deben educar, no gobernar. En nuestros países hay una infinidad de cosas por hacer, que un hombre enérgico como usted puede realizar haciendo más bienes que si llega al [sic] Presidencia donde todo su tiempo se agotaría en intrigas contra Chile y combinaciones para defenderse de rivales ambiciosos y malévolos. El gobernante influye por el exterior de las sociedades y es conducido por

ellos, el pensador influye por dentro y le imprime impulso independiente y rumbos nuevos. Usted puede hacer una infinidad de cosas útiles nobles y verdaderamente grandes mucho más grandes que ceñirse una faja bicolor emblema de un ideal incompleto mientras no lo animan corrientes interiores de nobleza y cuando esas corrientes todavía no brotan es mejor ponerse a horadarlas.

Lamentablemente, no conocemos la respuesta de Riva Agüero, que debió haberla expresado personalmente en el encuentro previsto en Chosica. De todas maneras, por sus ensayos políticos sabemos que no difería en mucho de la opinión de Vasconcelos, es más, por pensar prácticamente igual fue que decidió —junto con sus compañeros generacionales— ingresar a la política: como un intento de purificarla, de hacerla útil en la campaña de la regeneración nacional, para servir a los intereses del país y no a los de grupo, como había sucedido en la mayoría de nuestras repúblicas durante prácticamente toda su historia. Por ello, porque coincidían en los aspectos clave, Vasconcelos y Riva Agüero podían hablar entre ellos con sinceridad y sin temor de herirse.

En la segunda carta (con membrete de la Compañía Sud Americana de Vapores, escrita desde el vapor Huasco y fechada en febrero 3 de 1917), Vasconcelos le dice a Riva Agüero que no quería cruzar el Ecuador sin escribirle unas líneas de despedida y agradecimiento por lo bien que lo trataron él y sus amigos durante su estadía en Lima. Le confiesa que sufrió mucho, pero que los peruanos no tuvieron culpa alguna, al contrario, “sí encontré en la generosidad de su simpatía, un alivio eficaz de mis penalidades”:

Probablemente voy a entrar en nuevas tormentas [¿anticipación del título de parte de sus memorias?], cuando menos a un vivir más agitado que el que en Lima hice (de soledad y dolor) y es seguro que alguna vez echaré de menos los instantes de amable reposo mental y moral que la amistad de usted supo darme.

En la tercera carta, también escrita por Vasconcelos, ahora desde Nueva York, el 2 de junio de 1917, Vasconcelos le envía a Riva Agüero el acuse de recibo de los dos libros que éste le envió a la Hispanic Society (al parecer *Elogio del Inca Garcilaso* de 1916, y *La Historia en el Perú*, de 1910). Asimismo, le dice que se instalará en San Antonio, Texas, en donde espera esta-

JOSE VASCONCELOS

Lima Chile 27/5/16

Sr. Dr. D. José de la Riva Agüero

Chile

Muy querido amigo:

Se me ocurre me caen entre  
 sí mismo y lo acepto, solo tengo un tema el fondo  
 pero me atrevo a decir que llevo por escrito, no  
 sé si con un [ARQUIVO HISTÓRICO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE]

Se caen me pueden hacer todo  
 con gran detenimiento mi ensayo que he escrito  
 los incidentes políticos a que he referido me han caído  
 nada alegre permitida me rodea aun con  
 tanto de desagradable, lo he visto aun en contextos  
 de la potencia de una política de agitación  
 la misión Generalmente política gasta en la vida  
 todo el poder de una nación y eso al fin ya  
 no puede hacer más que seguir la rutina; de  
 todos maneras hay muchos hombres talante más  
 que que pueden despreciar en función de  
 al presente; pero los pocos escogidos que al fin  
 que talante pueden ser de hombres de  
 honorables y de amor, deben educar, no go-  
 bernar. Son muchos países hay un fundamento  
 como por haber, que también evolucionan con  
 mí, puede realizar bastante mi vida, que en Chile

al momento donde todo se ha pagado  
 en un momento contra Chile y en un momento  
 dependiente de rivales ambiciosos y malevolos.  
 El gobierno influye por el orden de la sociedad  
 y es conveniente por ello, el pensador influye  
 por dentro y la cultura república independiente  
 y nuevos sucesos. Los precedentes son una  
 lista de errores que no se pueden olvidar  
 muchísimo para los que quieren una paz bi-  
 color sublime de un ideal incompleto muchísimo.  
 No lo amoniamos con los intentos, de mostrar y  
 cuando seamos comités todos no habrá un  
 presente en heredarlos. En fin cada quien con  
 lo que le viene y un parte. También se puede por el  
 pero ante un carácter político, en otro día  
 he dicho que, perdóneme si este comentario  
 [ARQUIVO HISTÓRICO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE] se aviene respecto de Chile  
 y rogándole me salude muy respetuosamente  
 me da un saludo más, cuando  
 aprue. J. Vasconcelos

Carta de José Vasconcelos a José de la Riva Agüero, 1916.

blecerse con un semanario de combate y de literatura. Su nueva dirección será Olive St. 1025, San Antonio, Texas, en Estados Unidos.

La cuarta carta, del 15 de septiembre de 1917, Vasconcelos la escribe ya instalado en la mencionada ciudad. Le cuenta que vive “pacíficamente” con su esposa e hijos “en espera que Carranza se muera o lo echen, lo cual va largo”. Le adjunta dos textos: uno, los versos del poeta potosino, Manuel José Othón,<sup>9</sup> y el otro una monografía acerca de la catedral de México.

La quinta carta es la primera que tenemos de Riva Agüero, la que redactó en su residencia limeña el 14 de noviembre de 1917. En ella le agradece a Vasconcelos la monografía de la catedral pero le dice que los versos

de Othón no le han llegado, por eso le pide que le envíe otro ejemplar, si dispusiera de él. El interés de Riva Agüero por conocer a este autor es grande, pues no tiene de él más referencias que las que ofrece Henríquez Ureña en una temprana antología. Además, le anuncia que va a editar unos ensayos literarios y políticos, así como reimprimir un ensayo biográfico que escribió en su primera juventud donde describe el ambiente peruano del siglo XVIII.<sup>10</sup>

En los asuntos políticos, Riva Agüero le informa a su amigo mexicano que tanto él como su partido, el PND, están empeñados en evitar el aumento de emisión de papel moneda que el gobierno desea llevar a cabo “con el propósito de garantizarlas mediante depósitos en bancos norteamericanos”. Luego, señala algo poco destacado por los analistas posteriores, adversarios ideo-

<sup>9</sup> Una biografía completa de este poeta se puede encontrar en el libro de Rafael Montejano y Aguiñaga, *Manuel José Othón y su ambiente*, México, Universidad Autónoma de San Luis Potosí-Centro de Investigaciones Históricas de San Luis Potosí, 1997.

<sup>10</sup> Seguramente, se refiere a su ensayo sobre uno de los más importantes ideólogos de la emancipación peruana, José Baquijano y Carrillo.

lógicos de Riva Agüero, quienes no han relevado de manera suficiente su pensamiento antinorteamericano:

...sabe que admiro a los yanquis [continúa el limeño], pero que no quiero absorción económica ni política de factoría, y el momento actual, de tan muertos[?] resultados por la guerra europea, hace aún más absurdo este intento de completa solidaridad económica, que por otra parte nadie nos exige ni necesitamos para vivir y seguir prosperando en nuestra modesta espera. Nuestra actitud ha acabado por divorciarnos del gobierno, que nos combatirá de hoy en adelante como enemigos declarados y nos negará toda posición legislativa pero ni yo ni mis amigos hemos entrado en política para buscar prebendas y acomodados. Hay también un proyecto llamado de *conscriptión vial*, monstruosidad insigne (que tiende a restablecer la mita española, y la contribución personal y a fomentar el alcoholismo) contra el cual tenemos propuestas aun a riesgo de echarnos encima a todos los hacendados...[aquí se interrumpe la copia de la carta].

Es interesante resaltar algunos temas que Riva Agüero señala en su carta, su defensa nacionalista que busca evitar “la absorción económica y política yanqui”, y el sentido que le confiere al hecho de ingresar a la política, tanto de él como de su partido. También es necesario enfatizar su oposición al gobierno, a pesar de ser un primo suyo el presidente, José Pardo y Barrera. Además, líneas de esta carta echan por tierra la hipótesis de que el Riva Agüero de estos años haya sido un pensador “feudal”. Su oposición al proyecto de conscripción vial, que consistía en utilizar fuerza de trabajo indígena a manera de una “contribución personal” en provecho de los hacendados, nos revela a un Riva Agüero sumamente claro en su propuesta antiterraténiente. Lo curioso es que dicho proyecto fue realizado durante el modernizador gobierno de Augusto B. Leguía (1919-1930), del cual Riva Agüero fue acérrimo enemigo.

En la sexta carta, Vasconcelos le escribe a su amigo peruano ya desde San Diego, California, el 5 de febrero de 1919. Le cuenta que salió de San Antonio para unirse a su partido en México, pero que fracasó en su objetivo, y que mientras tanto trabaja en “negocios de abogado”. Por otra parte, lamenta que el conflicto entre Perú y Chile<sup>11</sup> se esté reavivando como consecuencia

<sup>11</sup> La guerra del Pacífico entre Perú y Chile (1879-1883), también es conocida como la guerra del guano y del salitre.

del no cumplimiento del Tratado de Ancón, según el cual Chile debía haber devuelto a Perú los territorios de Tacna y Tarapacá en 1894. Vasconcelos creía que para solucionar este conflicto era mejor promover “una cruzada de intelectuales o ya que a usted no le gusta esa palabra moderna, ni a mí tampoco, una cruzada de poetas que se dedicara a calmar los ánimos en Lima, a desterrar el odio, a desacreditar el rencor y que después fuera a Chile a predicar la justicia, o imponer la concordia a exigir la unión.”

Quizás sin saberlo, Vasconcelos tocaba una fibra muy sensible en el espíritu de Riva Agüero: su patriotismo. En diversas oportunidades, el historiador peruano había señalado que una de las heridas que debían ser sanadas era la abierta por la derrota ante Chile. También había dejado en claro que no creía en los sueños bolivarianos de unidad, sino en el fortalecimiento de los estados, especialmente el peruano, el cual debía recuperar el lugar de predominio que antes exhibía. Por ello, la prédica vasconceliana de unidad latinoamericana debió, si no disgustarle, al menos causarle reservas a Riva Agüero. Lamentablemente, tampoco tenemos testimonio de su respuesta, si la hubo.

Por otro lado, Vasconcelos le anuncia a Riva Agüero que le ha enviado su libro *El monismo estético*, aunque cree que también pudo habérselo mandado Julio Torri. También le pregunta a su corresponsal limeño si ya editó su libro acerca del paisaje peruano<sup>12</sup> y le pide que se lo envíe si así fuera. Para ello le da su nueva dirección: 2856 5th. St. San Diego, California.

Ésta será posiblemente la última —o, en todo caso, una de las últimas— carta que Vasconcelos pudo escribir a la residencia limeña de Riva Agüero. Pocos meses después, en mayo de 1919, ingresó Leguía al poder luego de cerrar el Congreso cuando éste se disponía a nombrar al nuevo presidente luego de ajustadas elecciones. El nuevo gobierno fue absolutamente hostil con Riva Agüero, éste tuvo que salir del país, hacia Europa, donde permaneció durante los once años que duró el leguismo.

El largo gobierno de Leguía fue objeto de oposición tanto de Riva Agüero como de Vasconcelos. Éste, quien había mantenido una profunda ligazón con el Perú, fue

<sup>12</sup> En 1912, Riva Agüero, realizó un viaje por la serranía peruana. Producto de este periplo, el historiador peruano escribió preciosas páginas llenas de sentimiento patriótico. Sin embargo, esas notas recién verían forma de libro definitivo en 1955, antes sólo se conocían algunos fragmentos publicados en algunas revistas limeñas.

nombrado por la nueva juventud estudiantil como su maestro en 1920. La carta que dirigió Vasconcelos a los estudiantes peruanos es emotiva y la inició denunciando “este triunfo de Caín allá en el Perú”, refiriéndose obviamente a Leguía.<sup>13</sup>

Por este sentimiento que guardaba hacia el Perú no resultaba extraño que Vasconcelos siempre buscara estar ligado a este país de una u otra manera. Un personaje que catalizaría los sentimientos de gratitud y cariño sería Víctor Raúl Haya de la Torre, el más grande político peruano del siglo xx. Sucedió que Haya de la Torre fue un tenaz opositor del presidente Leguía, y se ligaba orgánicamente a los emergentes trabajadores urbanos (obreros y artesanos) buscando dirigir la participación política de éstos, influidos básicamente por las ideas anarquistas. Esto hizo natural que Haya se opusiera al intento de Leguía por consagrar el Perú al Sagrado Corazón, acto con el cual el dictador buscaba estrechar su alianza con los sectores conservadores de la iglesia peruana. Haya acompañó a la multitud trabajadora que se oponía a la decisión de Leguía en las jornadas memorables del 23 de mayo de 1923, que —según algunos—, dieron nacimiento político a la nueva generación, la conocida como la del Centenario de la independencia del Perú, ocurrida en 1821. Debido a la capacidad de conducción mostrada por Haya, éste se convirtió en un personaje incómodo para el gobierno; es así que Leguía decidió condenarlo al exilio. Cuando Haya llega a Panamá recibe una invitación de Vasconcelos para que trabaje con él en la Secretaría Nacional de Educación Pública, en tiempos de Álvaro Obregón. La influencia del ideólogo mexicano sobre el joven político peruano fue muy importante, pues de él incorporó la misión del Estado como agente educador, así como afirmó sus principios de unidad latinoamericana. Según Pedro Planas, Haya tomó de Vasconcelos el término tan caro a aquél: Indoamérica.

El 27 de abril de 1921, Vasconcelos pronunció un discurso en el acto de entrega del nuevo escudo de la Universidad Nacional de México. En esa ocasión dijo:

teniendo en cuenta que en los tiempos presentes se opera un proceso que tiende a modificar el sistema de organización de los pueblos, sustituyendo las antiguas nacionalidades, que son hijas de la guerra y la política,

con las federaciones constituidas a base de sangre e idioma comunes, lo cual va de acuerdo con las necesidades de fundir su propia patria con la gran patria hispanoamericana que representará una nueva expresión de los destinos humanos.<sup>14</sup>

Palabras similares pronunció Haya el 7 de mayo de 1924, cuando hizo entrega de una bandera con el escudo vasconceliano al presidente de la Federación de Estudiantes de México: “Esa bandera que yo os entrego [...] es nuestro blasón vasconceliano de la Universidad de México, hecho pendón, es el escudo de nuestra casa universitaria.”<sup>15</sup>

La relación con el Perú siguió siendo intensa por parte de Vasconcelos, aunque ello se debiera a motivos amargos, como el asesinato de un joven intelectual peruano, Edwin Elmore, a manos del poeta José Santos Chocano, coronado como el Poeta de América por el propio Leguía en 1922.

## *Acusaciones en medio de grandes pasiones*

Dentro del panorama poético del Perú, es indudable que José Santos Chocano (1875-1934) es uno de los representantes más grandes en el presente siglo. Su estilo, vigoroso y castizo, representa la más alta expresión del modernismo en dicho país. Como testimonio de su gran producción poética se pueden mencionar obras como *Iras santas*, *Fiat Lux!*, *Ayacucho* y *Los Andes*, entre otras.

El bardo peruano era todo un personaje, dueño de una fuerte personalidad ególatra, desbordada y arrebatada. Su vida fue intensa, y en ella estuvieron presentes los conflictos amorosos, las turbulencias políticas, los amagues subversivos, un homicidio, el encarcelamiento y su propio asesinato. A pesar de ser un poeta —o quizá precisamente por ello— amaba la acción y siempre estaba dispuesto a involucrarse en las pasiones políticas. Así lo hizo tanto dentro como fuera de su país. Su reino sí era de este mundo.

Chocano colaboró con el gobierno autocrático del guatemalteco Estrada Cabrera. También estuvo en México como convencido seguidor de Francisco I.

<sup>14</sup> José Vasconcelos, “El nuevo escudo de la Universidad Nacional”, en *Obras Completas*, t. IV, p. 777.

<sup>15</sup> En Pedro Planas, *El joven Haya*, Lima, Okura editores, 1986, pp. 23-24.

<sup>13</sup> “Mensaje a los estudiantes peruanos”, en *Obras completas*, t. IV, pp. 824-825.

Madero. Luego del asesinato de éste, el cuartelazo de Victoriano Huerta y el estallido de la guerra civil, Chocano apoyó a los revolucionarios Pancho Villa y Venustiano Carranza.<sup>16</sup>

Esta trayectoria explica las tesis de Chocano sobre la capacidad que le atribuye a las dictaduras para organizar a nuestros países. En su folleto de 1922, titulado *Apuntes sobre las dictaduras organizadoras*, Chocano sustenta que las dictaduras son positivas porque permiten reestructurar al Estado y a la sociedad, al mismo tiempo que ayudan a eliminar a las oligarquías dominantes. Sus tesis le valieron las simpatías de intelectuales tan prestigiosos como la del argentino Leopoldo Lugones, quien anunció que había llegado para América Latina “la hora de la espada”.

Fueron estas ideas las que ocasionaron los disgustos y reprimendas de Vasconcelos contra Chocano. Aquél, opuesto totalmente a las tesis del peruano, hizo la siguiente y terrible acusación: al caerse la lira del poeta se podían ver los cascabeles del bufón, aludiendo a las colaboraciones de Chocano con algunas dictaduras latinoamericanas. Por su parte, Aladino —apelativo del poeta andino—, quien no se distinguía por sus delicadas formas precisamente, replicaba al mexicano acusándolo de “farsante”.

La ríspida polémica que se desató entre Vasconcelos y Chocano<sup>17</sup> tuvo trágico resultado, pues éste mató al ferviente y joven vasconcelista peruano Edwin Elmore y fue llevado a prisión. Las influencias que Chocano tenía en el gobierno de Leguía permitieron que saliera de la cárcel antes de que terminara su condena.

La historia es, de modo resumido, la siguiente. Elmore, nacido en Lima en 1890, se encontraba organizando un congreso libre de intelectuales iberoamericanos. Era, además, un consecuente antileguísta. Por medio de un programa radial se opuso a la dictadura y al vate, quien la apoyaba. Luego escribió un artículo para el diario *La Crónica* en donde calificaba al poeta como “vulgar impostor”. El texto no fue publicado pero alguien se lo enseñó a Chocano. Éste, lleno de ira, le

<sup>16</sup> Para conocer la biografía de Chocano es imprescindible leer sus *Memorias. Las mil y una aventuras*, Santiago de Chile, Nascimento, 1940, y la obra de Luis Alberto Sánchez, *Aladino o vida y obra de José Santos Chocano*, México, Libro Mex Editores, 1960.

<sup>17</sup> La recolección de los artículos que constituyen y rodean a esta polémica se puede encontrar en *Poetas y bufones. Polémica Vasconcelos-Chocano. El asesinato de Edwin Elmore*, Madrid, Agencia Mundial de Librería, s.f.

escribió una carta en la que lo amenazaba diciéndole: “Miserable: como he aplastado a Vasconcelos, te aplastaré a ti, si no te arrodillas a pedirme perdón”.<sup>18</sup> La mala fortuna hizo que Elmore y Chocano se cruzaran cuando el primero llevaba su carta a *El Comercio* y el segundo salía de la imprenta “Minerva” de José Carlos Mariátegui adonde había ido a disculparse con éste porque no iba poder estar presente en la inauguración de la misma el 31 de octubre de 1925. Elmore y Chocano se miraron con furia, cruzaron palabras cargadas de ira. El joven periodista abofeteó al poeta, Chocano sacó su revólver y le disparó a su opositor, quien murió el 2 de noviembre de dicho año. Por su parte, el poeta se entregó a las autoridades. Las razones que esgrimió Chocano para justificar su asesinato fueron que Elmore blandía ideas antiperuanas. Ya preso, Chocano, por medio de su hoja, *La Hoguera*, siguió atacando a Elmore de prochilenismo e incluso al padre de éste, a quien acusaba de traición a la patria durante la guerra con Chile.

En verdad se vivía un ambiente caldeado por el conflicto peruano-chileno a causa de la entrega de Tacna y Arica a Perú. En Washington se discutía la validez del Tratado de Ancón (1884). El 9 de abril de 1925 el presidente norteamericano, Calvin Coolidge, dictó su laudo arbitral, disponiendo que se ejecute en ese año el plebiscito previsto para 1894 y que Tarata se reintegrara a suelo peruano. El gobierno peruano se opuso terminantemente, pues exigía que se le devolvieran Tacna y Arica, las llamadas “provincias cautivas”.

En algún momento, Chocano dejó deslizar el rumor de que las supuestas ideas antiperuanas (o prochilenas) de Elmore fueron susurradas a su oído por Vasconcelos, precisamente. Según Chocano, Vasconcelos había expresado su convicción de que Tacna y Arica debían ser entregados a Chile por estar “mejor preparado para la dirección y el gobierno”. Vasconcelos, obviamente, como defensor de una patria americana —como Elmore, recuerda— refuta esas acusaciones con vehemencia y recuerda el profundo amor que lo une al Perú. Sin embargo, el sentimiento que lo liga a dicho país no significa que apoye a su presidente, Leguía, al cual sirve justamente Chocano.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> Luis Alberto Sánchez, *Aladino o vida...*, op. cit., p. 437.

<sup>19</sup> “El trágico fin de Edwin Elmore”, Carta enviada al director del diario *El Sol*, de Madrid, y escrita en Milán, noviembre de 1925. (*Obras completas*, t. IV, p. 897.)



La polémica entre Chocano y Vasconcelos ya tenía cierta historia. El ideólogo mexicano había criticado desde Constantinopla, mediante su artículo “Poetas y bufones” (de 1925), el personalismo de Chocano y el apoyo de Lugones a las autocracias. En dicho artículo, que se publicó también en *La Crónica* de Lima, Vasconcelos decía lo siguiente de Chocano: “dejó en México las páginas más brillantes de su vida; aquí se hizo verbo de la nobilísima revolución contra Victoriano Huerta, sus arengas se leían por la noche en los campamentos, en las esperas prolongadas del vivac”.<sup>20</sup>

Y proseguía haciendo cada vez más lacerantes sus palabras y juicios: “lo grave es que ya desde aquí comenzó Chocano a enseñar el cobre, a soltar el barniz de poeta, para dejar a descubierto al lacayo”.

Se trató de una fiera disputa. Chocano respondió en su artículo “Apóstoles y farsantes”: “Basta reparar en el escándalo con que alude él, como enemigo que parece sentirse del Amor y de la vida, a mi afán de placeres, para comprender que el licenciado Vasconcelos [Vasconcelos] tiene, de conformidad con su mismo aspecto personal, una lúgubre alma de jesuita o fariseo.”

Inmediatamente, escritores, periodistas y artistas redactaron una declaración en la que manifestaban su “solidaridad intelectual y espiritual con José Vasconcelos”, a quien reconocían como “a uno de los más altos representantes del espíritu y la mentalidad de América” (Lima, octubre de 1925). Entre los firmantes se encontraban J.C. Mariátegui, Luis Berninzone (quien después sería secretario de Chocano), Luis Alberto Sánchez (prolífico escritor y miembro del Partido Aprista), Manuel Beltroy, Carlos Manuel Cox y Edwin Elmore.<sup>21</sup> Los campos se habían decantado irreconciliablemente.

Es curioso notar las afinidades y paradojas inesperadas que se establecieron entre peruanos y mexicanos, teniendo como centros ordenadores a las figuras de

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 430.

<sup>21</sup> Una relación especialmente interesante es la que analiza Claude Fell entre Vasconcelos y Mariátegui. Para el peruano, Vasconcelos era un autor especialmente importante en la construcción de la conciencia crítica de América Latina, incluso publicó un artículo extenso del mexicano, “El nacionalismo en la América Latina”, de 1925, en su revista *Amauta*. No obstante, también los marcaron las diferencias, especialmente en cuanto al problema del indio y de la reforma agraria. Cf. Claude Fell, “Vasconcelos-Mariátegui: convergencias y divergencias. 1924-1930”, en *Cuadernos Americanos*, año IX, vol. 3, núm. 51, mayo-junio de 1995.



José Santos Chocano. (Fototeca Nacional del INAH en Pachuca.)

Vasconcelos y Riva Agüero. Ambos tenían espíritus parecidos, eran apasionados, francos, directos, y continuaron procesos espirituales similares: de entusiastas reformadores de juventud a amargados conservadores en la madurez. Por ello, y no obstante algunas diferencias, la amistad entre Vasconcelos y Riva Agüero se mantuvo imperturbable hasta el final de sus días. Mientras que Vasconcelos fue un enemigo a ultranza de Chocano, éste se congraciaba con Riva Agüero en sus tesis de defensa de las autocracias; aunque Vasconcelos se identificaba y se sentía a gusto con un escritor como Valdelomar, Riva Agüero no era capaz de entender la nueva propuesta modernista de aquél; y mientras Vasconcelos se convertía en un penate de la nueva generación peruana (la del centenario de la independencia peruana, es decir, la de Haya, Mariátegui, Sánchez, Basadre y otros), ésta era la enemiga acérrima de Riva Agüero y sus compañeros (como Belaunde, los hermanos García Calderón, entre otros).



José Vasconcelos llega a la Ciudad de México durante su campaña presidencial, 1929. (Fototeca Nacional del INAH en Pachuca.)

### *Luego del entusiasmo juvenil*

Vasconcelos, uno de los más importantes creadores de instituciones durante y después de la Revolución mexicana, paulatinamente se fue encontrando en una posición de desacuerdo primero, y de franca hostilidad hacia el régimen después. Como correspondencia, los gobiernos posrevolucionarios lo veían como un personaje incómodo. En 1924, Vasconcelos postuló a la gubernatura de su estado, Oaxaca, pero no contó con el apoyo del entonces secretario de gobernación, Plutarco Elías Calles, ni del general Obregón. Vasconcelos perdió las elecciones, pero denunció que éstas fueron amañadas. No obstante, la decisión fue irrevocable.

En pleno gobierno de Calles, Vasconcelos volvió a salir de su país como exiliado, hasta 1928. Aun así, fue postulado como candidato a la presidencia por sus simpatizantes. Desde Los Ángeles, California, nuestro personaje lanzó su candidatura captando adherentes, básicamente entre las capas medias e intelectuales. El presidente de entonces, Emilio Portes Gil, se comprometió a respetar los resultados de las elecciones. Promesa vana, pues los vasconcelistas fueron hostigados, perseguidos y encarcelados, cuando no asesinados. Finalmente, el triunfo se lo adjudicaron al candidato oficial, Pascual Ortiz Rubio. Estos hechos fueron definitivos para el cruel desencanto de Vasconcelos, quien volvió

a salir de su país. Posteriormente, mientras vivía en Estados Unidos, se unió al general Calles —su anterior adversario—, para oponerse a Lázaro Cárdenas. En 1940 regresó a México y fue nombrado director de la Biblioteca Nacional. Un signo de cómo habían variado sus ideas es que durante la segunda guerra mundial apoyó a los países del Eje.

Por su parte, Riva Agüero, también había sufrido sus encontronazos con la política y el poder. En un primer momento fue aceptado como miembro de un partido político, básicamente porque se consideraba que no representaba peligro alguno para el orden vigente y porque él mismo era un descendiente de las élites oligárquicas. Posteriormente, cuando el PND fue perfilando su programa, captando a jóvenes intelectuales y teniendo una presencia pública más consistente, su cuestionamiento a ciertos pilares del régimen convirtieron a Riva Agüero y a su partido en elementos perturbadores para la *pax oligárquica*. Por ello, las élites que controlaban el precario aparato estatal fueron consistentes en bloquear las candidaturas del nuevo partido e, incluso, en manipular los resultados con el fin de que no tuvieran una representación importante en el Congreso. Si bien estos sucesos amargaron a Riva Agüero, el arribo de la dictadura leguista fue el hecho que terminó por sustraer al marqués de sus posturas modernizantes y de sus proyectos de “regeneración nacional”. En adelante, luego de 1930, Riva Agüero, ya convertido en un católico ultramontano, fue parte del poder que antes había criticado. Durante la dictadura del mariscal Óscar R. Benavides (1933-1939) fue nombrado ministro de educación, cargo homólogo al de Vasconcelos durante los años del general Obregón, así como alcalde de Lima. Terminó sus días como un ferviente fascista.

Las trayectorias de ambos pensadores y sus relaciones con el poder terminaron en un punto similar: el desencanto con respecto a los cambios que planearon hacer para alcanzar el desarrollo nacional. Sentimiento de frustración e impotencia ante el poder de los caudillos y de los intereses personalistas.

Durante los años veinte, al parecer, la correspondencia entre Vasconcelos y Riva Agüero se había interrumpido. Según las fuentes documentales de las que se disponen, el intercambio epistolar se reanuda en 1932, por medio de una carta escrita por el ilustre mexicano desde Gijón, España, el 29 de septiembre. En ella le agradece a Riva Agüero el envío de su folleto

sobre Goethe.<sup>22</sup> También lo felicita por haberse reintegrado a su patria, luego del oncenio, pues figuras como él “le dan [a la patria] y no le quitan, caso no muy frecuente en nuestros pueblos”. Seguramente, Vasconcelos estaba pensando en su propio caso.

En la octava carta, del 13 de noviembre de 1932, Riva Agüero le responde desde Lima a Vasconcelos, quien se encuentra todavía en España. Le dice que efectivamente ha vuelto al Perú hace dos años y que no espera volver a salir de él. Le comenta que se encuentra bien en el nuevo gobierno y que no piensa aceptar cargo alguno, “porque nuestro presidente [se refiere al general Luis M. Sánchez Cerro] es bien intencionado pero irreflexivo, violento e inseguro. Frente a él, a pesar de sangrientas represiones, ruge el aprismo extremista, que se jacta de ser imitador del infausto Calles y de anhelar para nosotros régimen semejante al que usted tan merecidamente flagela en *la antorcha*”.

Es necesario explayarse en algunos de los temas mencionados. Sánchez Cerro fue el coronel que despojó a Leguía del poder. Fue él, además, quien mandó reprimir a la llamada “revolución de Trujillo” de 1932. Esta revolución fue la reacción aprista ante lo que este partido consideró el fraude electoral que le arrebató el justo triunfo que le hubiera permitido llegar al poder. La dura represión con que el gobierno liquidó la rebelión aprista culminó con el fusilamiento de miles de apristas en las ruinas prehispánicas de Chan Chan, en el departamento de la Libertad, al norte del Perú.

Riva Agüero también le comenta a Vasconcelos acerca de lo que considera un conflicto inminente de Perú con Ecuador y Colombia, por problemas limítrofes que nunca se llegaron a zanjar luego de la separación de la metrópoli española y de la fundación de los diversos estados sudamericanos.

La carta nueve es escrita por Vasconcelos desde Somio, Argentina, el 15 de diciembre de 1932. Le responde a Riva Agüero alarmado por la peligrosa situación internacional en la que parece van a verse tres países sudamericanos, lo que acrecienta su desolación. Así se lo confiesa: “Sí, el estado de nuestra América

española es desconsolador y no le veo rem[e]dio próximo. Lo de Perú y Colombia me alarma de verdad.”

Vasconcelos se ubica en la franca oposición al gobierno de Calles en su país, por ello celebra que el gobierno peruano haya roto relaciones diplomáticas con él:

El rompimiento de ustedes con Calles me dio gusto, por fin hubo un gobierno que se atreviera con el mito de los protestantes americanos, el mito de Calles reformador social. Yo no tengo motivos de encono con los apristas, pero los censuro que no hablen de Calles en público tal y como muchos de ellos que lo conocen, hablan en privado.

De alguna manera, se entiende que Vasconcelos no sienta encono por los apristas, pues su fundador, Haya de la Torre, como vimos, fue su secretario durante el gobierno de Obregón. Sin embargo, Vasconcelos considera que el aprismo como fuerza revolucionaria no tiene mayor futuro.

La carta diez la escribe Vasconcelos desde Adrogué, Buenos Aires, el 1 de junio de 1934. Para entonces, Riva Agüero ya había renunciado a su cargo de ministro de educación por conflictos que tuvo con relación a los programas de cursos. Riva Agüero era intransigente en la defensa de los principios católicos que debía, según su criterio, impartir el sistema educativo peruano. Por esa defensa Vasconcelos lo felicita:

Sobre todo por la claridad con que supo precisar el sentido educacional, y la orientación nacionalista a base de fusión de lo indio en lo español y no de antagonismo de lo indio contra lo español como lo han venido haciendo los protestantes ya[n]kees y sus secuaces inconscientes o conscientes. Confío en que su país sabrá volver a llamarle. La causa que le obligó a salir, honra la firmeza de sus convicciones.

Por otro lado, Vasconcelos se felicita del arreglo pacífico entre Colombia, Ecuador y Perú, y por la celebración de un nuevo centenario del Cusco, antigua capital del imperio inca.

La carta once es escrita por Riva Agüero desde Lima, el 28 de junio de 1934. Obviamente, continúa explicando las razones de su renuncia al Ministerio de Educación. Le comenta a Vasconcelos que quiso en esa Cartera cumplir labor depuradora, pues muchos maestros eran apristas y comunistas.

<sup>22</sup> Quizás ello indique que se siguieron comunicando e incluso viendo, probablemente en Europa. Por otra parte, es necesario señalar que Vasconcelos, al igual que Riva Agüero también le dedicó un ensayo al escritor alemán.

Por otra parte, señala que en departamentos exclusivamente indígenas, como Cusco y Puno, están asediados por los protestantes norteamericanos. Después, Riva Agüero invita a Vasconcelos a enviar artículos para *El Comercio* o *La Prensa* —pronto a reaparecer—, y órgano del partido nacional o agrario.

La carta doce es la respuesta de Vasconcelos, fechada el 16 de julio de 1934. Se queja de periódicos mexicanos que antes le pagaban muy bien, pero que ahora ni lo mencionan. Le confiesa un plan que está procesando: trasladarse al Ecuador, pues su actual presidente es su amigo. Le agradece a Riva Agüero por sus gestiones para que envíe colaboraciones para diarios limeños. Más aún, le adjunta un artículo llamado “El indigenismo desorientado” para que trate de publicarlo en Lima. Sobre el pago por sus colaboraciones deja a Riva Agüero en entera libertad para negociar el monto.

El artículo mencionado es una pieza que refleja de manera exacta lo que Vasconcelos piensa en esos momentos. Primero enfila contra aquellos que acusan a la Colonia como un régimen exclusivamente despótico, pues recuerda que antes los imperios azteca e inca se caracterizaban por el despotismo sin que nadie ahora repare en ello: “Se trata de un veneno mental que se inocula al indio, en el secreto del trabajo proselitario o en el escándalo bolchehevizante (*sic*).” Vasconcelos para entonces, es un fiel defensor de lo hispano.

El sentimiento pro-español manifestado por el ideólogo mexicano era suscrito en su totalidad por Riva Agüero, quien desde su regreso al Perú ya había emprendido una serie de estudios genealógicos para relieves la herencia hispana en nuestras tierras. En la misma carta en la que adjuntó el artículo reseñado, Vasconcelos se refiere a la realidad argentina señalando que, a diferencia de Perú y México, tiene otros problemas que discutir “porque propiamente [los argentinos] no tienen problema indígena. Pero creo como usted que la lucha ha de librarse en el Pacífico entero. En México no pierdo la esperanza de un levantamiento general, aunque no sé cuándo podrá ocurrir”.

Además, le envía un recorte donde consta su iniciativa de cambiar el escudo nacional. Inmediatamente prosigue comentando el momento que vive su país: “Para evitar el peligro que es ya casi desastre, habría que comenzar por deshacer la obra de Juárez. Los de hoy son unos rufianes al servicio del imperialismo, pero que se escudan en la tradición juarista que ya era de traición,

con apariencias de liberación de conciencias [...] En México lograron *desposeer al nacional, con pretexto comunista, pero la propiedad ha pasado al trust.*”

Sobre los maestros en su país confiesa que también son comunizantes, coincidiendo con los juicios que Riva Agüero había espetado contra los maestros peruanos: “pero yo se los quité [lo comunizante] aumentándoles el sueldo [...] no hay más solución de la que decía Chesterton; hacerlos conservadores, dándoles algo que conservar”.

La última carta, la trece, que completa el paquete disponible en el AHRA, Vasconcelos la escribe desde Hermosillo, Sonora, y está fechada el 17 de diciembre de 1938. Riva Agüero está en Roma de vacaciones y allá dirige la misiva.

Vasconcelos se alegra de que a su amigo peruano le hayan gustado sus memorias contenidas en *La tormenta* donde, entre otros temas, relata su experiencia limeña, especialmente cómo conoció a su amigo marqués. Por otro lado, Vasconcelos se complace porque los principios por los cuales Riva Agüero ha luchado se estén realizando.

Luego, Vasconcelos le cuenta que tres meses antes lo echaron de Estados Unidos, que luego le quisieron dar permiso para una estancia indefinida pero él no aceptó. Y, en un plano más personal, le confiesa que está contento viviendo con sus dos nietecitas.

Finalmente, se despide de su viejo colega: “Para bien de la América deseo que Ud. regrese pronto al Perú, para seguir actuando. En todo caso, cuente siempre con la simpatía y el afecto y los votos por su prosperidad de su viejo amigo y colega.”

No deja de ser sintomática esta despedida, donde Vasconcelos impela a Riva Agüero a actuar y a influir con su protagonismo en su país, pues no es el único. El gran amigo de Riva Agüero, Francisco García Calderón siempre le escribía en el mismo sentido: que ingrese a la política, pues él, siendo la mejor esperanza con que cuenta el Perú, es el único que puede dirigir el destino de éste hacia la regeneración nacional.<sup>23</sup>

Algunos años después de esta última carta, en 1944, Riva Agüero muere en un hotel de Lima (pues había mandado a remodelar su vieja casona del centro de la ciudad). Inmediatamente, su gran amigo, Víctor An-

<sup>23</sup> Una crónica de la relación entre Riva Agüero y García Calderón se puede encontrar en mi libro *Riva Agüero en sus cartas*, Lima, Ediciones El Laberinto, 1996.

## HISTORIA

drés Belaunde, director y fundador de la revista de su generación, *Mercurio Peruano*, decide dedicarle un número de homenaje, e invita a Vasconcelos a escribir algunas líneas. En su "Homenaje a Riva Agüero", el ilustre mexicano escribe lo siguiente:

porque un interés humano, exige que no se rompa la cadena que une a los muertos con los vivos, el pasado con el porvenir, la Academia Mexicana de la Lengua, rinde homenaje al colega que ya es entre nosotros una memoria esclarecida; para mí, el recuerdo de un consuelo que me dio la vida, cuando me era más necesario. Cree el joven que el mérito ha de ser excepcional, genial, para que despierte la admiración devota. Luego, así que se contempla, en su pequeñez, el contraste de lo que ambicionamos y lo que logramos, el dolor del propio fracaso nos convence de que vale más que la gloria, el buen corazón y si a esto se añade, como en el caso de Riva Agüero, una inteligencia luminosa, entonces podemos decir con certeza: ¡Un alma grande penetra en la tradición del espíritu ibe-

roamericano, al cerrarse el *curriculum vitae* de José de la Riva Agüero!

Tanto Vasconcelos como Riva Agüero fueron ideólogos de sus respectivos países, intelectuales, aunque el término no les gustase, que buscaron relacionarse con el poder para utilizarlo como una palanca capaz de realizar cambios en beneficio de sus respectivos países. Ambos concibieron la realización de México y Perú dentro de un proyecto mestizo, como síntesis de las dos herencias básicas que las constituyen, la blanca occidental y la indígena. Por eso mismo, porque idearon planes de integración nacionales sintieron la necesidad de introducirse en las pasiones políticas para tratar desde el gobierno encauzar a sus países por el camino del desarrollo. La frustración ocasionada por los obstáculos insalvables que les tendieron sus clases políticas respectivas volvieron tanto a Vasconcelos como a Riva Agüero en dos personajes desencantados y amargados, a los que, sin embargo, no podemos eludir de nuestras reflexiones actuales.